

La Serpiente y el Jazán



Trozo de un cuento del libro:

El olivo de la Aljafería

Cuentos judíos en Aragón



Sefarad Aragón

<http://sefaradaragon.org>

Historias inspiradas en leyendas y cuentos judíos, contadas por:

Maor Luz

Investigación histórica:

Javier Gómez Gil, Timna Freire Segal
y Concepción Gálvez Martín.

Corrección de textos:

José Alfonso Gamero Arrese y Javier Gomez Gil

Corrección estilo:

Raquel Buil Bretos

Ilustraciones:

Alejandro Cortés Calahorra

Fotografías:

Timna Freire Segal y Maor Segal

Diseño:

Timna Freire Segal

Edita:

LIBROS CERTEZA

C/. Parque, 41

50007 ZARAGOZA

Tel. (34) 976 27 29 07

Fax (34) 976 25 18 80

E-mail: certeza@certeza.com

www.certeza.com

Depósito legal: Z-3757-2008

ISBN: 978-84-92524-15-0

Primera edición: 2008

Imprime: Huella Digital

Esta obra ha sido publicada con la ayuda del Departamento de
Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón.

La Judería de Tarazona

La proximidad de la ciudad a la frontera con los Reinos de Castilla y Navarra brindaba a sus habitantes amplias oportunidades comerciales y su comunidad judía se convirtió en una de las más importantes del Reino de Aragón.

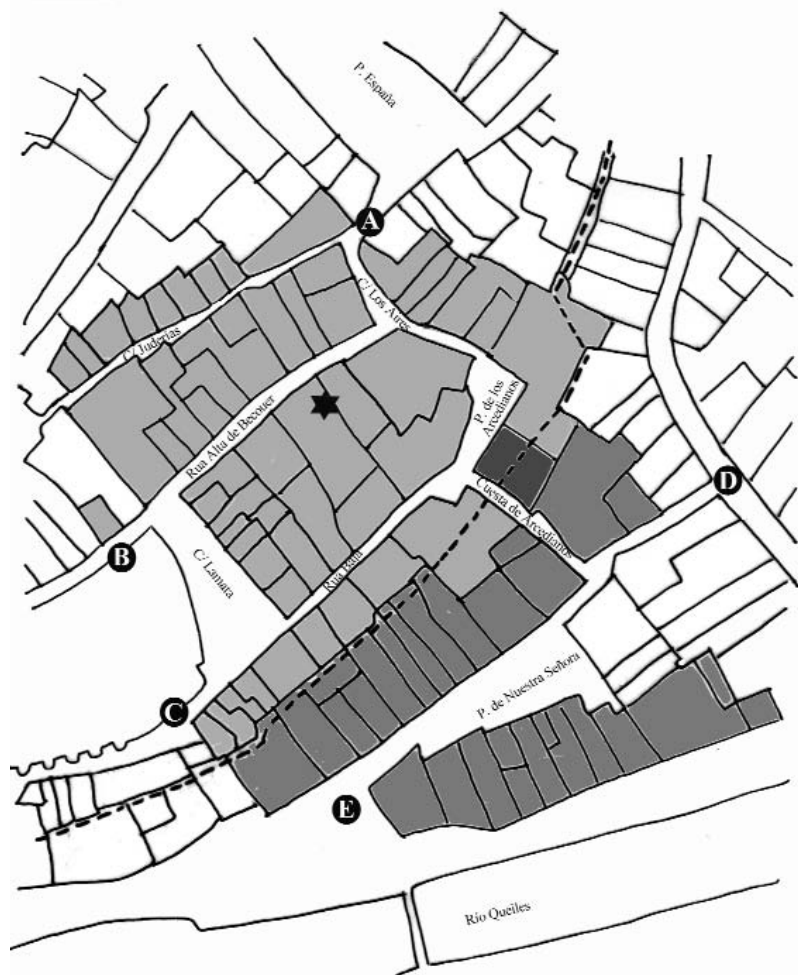
Hubo dos barrios judíos: uno viejo y uno nuevo, cada uno con una sinagoga que estaban situadas cerca la una de la otra. La nueva fue en realidad una ampliación de la vieja entre casas de cristianos.

El barrio viejo estuvo situado entre las calles de Conde, Rúa Alta y la Puerta Ferreña. Una de las calles es conocida aún como "Calle de la Judería".

El barrio nuevo comenzó a formarse en el año 1371 entre las calles Los Aires, la plaza de la ciudad y la Plaza del Rebate (actualmente conocido como "de la Merced").

- Judería Vieja
- Judería Nueva
- Centro "Moshe de Portella"
- Acequia de Scicos
- Posible Sinagoga

- A. Puerta de la Plaza Nueva
- B. Puerta de la Zuda
- C. Porticiella
- D. Puerta de Santa Ana
- E. Puerta de Barrio Nuevo





Calle de la judería
en Tarazona

La Serpiente y el Jazán

Ismael era un chico como cualquier otro de Tarazona, le gustaba jugar con sus amigos y ayudar a su padre en el pequeño taller situado en la calle que ahora se conoce aquí por Rúa Alta de Bécquer. Se encargaba sobre todo de sacar brillo a los vasos y platos de *Pésaj*, a las *janukías* y a las *menorás*, las campanitas y decoraciones para los grandes rollos de la Torá (guardados en la *tevá* de la sinagoga), las *mezuzot*, y todas las cosas hechas de fino metal que su padre trabajaba con maestría.

Pero la verdad era que Ismael no era muy diestro en nada de nada. Así que tampoco lo era en el repujado ni en las demás labores del taller. Su hermano pequeño, Eli, tenía mucho más talento para esas tareas e Ismael se contentaba con sacar brillo y limpiar los objetos ya hechos y llevarlos a los clientes.

Lo que más le gustaba a Ismael era acompañar a la sinagoga a su abuelo, que era el jazán de la comunidad judía, los días en los que las plegarias eran cantadas y entonces tenía que entonar la *Parashat ha-shavú'a* desde la *bimá*. A Ismael le hubiera gustado ser como su abuelo,

con su voz profunda y potente, cantando las plegarias cubierto con su *talit* y los *tefilim* atados a su cabeza y brazo.

El día en que Ismael cumplió 12 años, su padre y su abuelo se sentaron con él en el pequeño salón familiar y su padre le dijo: “Hijo, ya casi eres un hombre. El año que viene celebrarás tu *Bar Mitzvá* y subirás a leer la *Parashat ha-shavú’a* desde la *bimá*. Por eso, desde hoy ya no hace falta que vengas a ayudarme en el taller. Quiero que vayas al *jéder* toda la semana, no sólo los domingos, para así aprender a leer y escribir hebreo correctamente y prepararte para ese gran día de tu *Bar Mitzvá*.” “Mi querido Ismael –intervino también su abuelo–, estoy seguro de que si trabajas duro y prestas atención al rabino en el *jéder*, dentro de un año podrás cantar la *Parashat ha-shavú’a* desde la *bimá* como un *jazán*, como lo hago yo”. Y su abuelo y su padre le regalaron un pequeño rollo de la Torá con su funda de tela incluida. “Así podrás practicar donde quieras y no sólo en clase”, le dijo sonriendo su abuelo.

Ismael estaba muy emocionado. Éste era el mejor presente que le habían dado en su vida: una Torá para él, y las palabras de su abuelo, que era nada más ni nada menos el *jazán* de la comunidad de su pueblo, confiando

en su talento y capacidad. ¡¿Qué más podía pedir?! Dio las gracias a los dos y se fue corriendo a mostrar el regalo a sus amigos; uno de ellos, Aladín, que era musulmán, cogió el libro con respeto mirando las letras y el papel, y dijo: “¡Jo! A mí mis padres nunca me van a regalar un Corán. Yo sólo lo he visto en la mezquita y nunca me han dejado tocarlo”. “Pues en mi casa tenemos una Biblia de mi tatarabuelo hecha con pergamino –dijo Juan, que era cristiano–. La llevamos todos los domingos a la Iglesia, pero mis padres nunca me dejan tocarla. Dicen que es muy cara...”. Sus amigos judíos, Yosef, Eliécer y Saúl estaban impresionados. “Bueno –contestó Ismael, un poco sonrojado–, ésta tampoco es que sea una Torá como las de la Sinagoga. Es una copia pequeña en papel y no en pergamino.”

Esa noche soñó con su gran triunfo en la sinagoga, se vio a sí mismo en la *bimá* con una *kipá* blanca nueva, a juego con su nuevo talit, cantando con voz fuerte y clara. Y vio a Ester Portella, una chica de 10 años que le gustaba mucho, mirándole con admiración.

Ismael sabía que tenía poco futuro con Ester, ya que ella era descendiente de la famosa familia Portella. Aunque ya habían pasado más de dos siglos, todos en la judería

conocían el nombre de Don Musa de Portella, que fue bayle de la ciudad durante el reinado de Jaime I hasta que fue nombrado bayle del reino. Y después de él, Ismael de Portella actuó como albacea del infante Don Pedro, hijo de Alfonso III. Por ello Ismael soñaba siempre en hacer grandes hazañas o destacar en sus estudios para que nadie pudiese decirle que sólo era el hijo de un orfebre. Lamentablemente ni hazañas ni buenos resultados en el estudio le eran muy frecuentes.

Al día siguiente por la mañana fue Ismael al *jéder* y allí se reunió con otros dos amigos de su edad que también se estaban preparando para el gran día de su *Bar Mitzvá*. También había otros chicos judíos a los que –por mostrar aptitudes en el estudio de las costumbres y leyes– sus familias habían enviado a estudiar a la escuela judía con la esperanza de que alcanzasen el conocimiento y grado de rabinos.

Todos consideraban que eran muy afortunados por tener al Rabí Shem Tov ben Isaac Shaprut en Tarazona. Este renombrado sabio asistía de vez en cuando a debatir y dar lecciones a los alumnos más aventajados, entre los que –todo hay que decirlo– no se encontraba Ismael. Se sentía muy torpe entre ellos: a él lo de leer nunca le había

gustado mucho y aunque llevaba desde los cuatro años aprendiendo el alfabeto hebreo, la verdad es que las palabras escritas le seguían pareciendo casi iguales entre sí y tenía que pensar mucho antes de enterarse de lo que decían. Contaba las letras una por una y parecía que más que leer se dedicara a hacer cuentas... El rabino Melamed, que era un hombre sabio y paciente, esperaba con una sonrisa benévola mientras Ismael intentaba descifrar las complicadas palabras hebreas del fragmento que le tocaría leer en su *Bar Mitzvá*. Pero sus compañeros de clase no eran tan pacientes y pronto empezaron a reírse de él, burlándose de su torpeza, llamándole “tortuga” y cosas peores. Hasta que una semana después de comenzar su formación, Ismael se acercó al rabino al terminar la clase y le dijo: “Rabí, no sé qué hacer para mejorar. Es que los compañeros me ponen muy nervioso y no puedo concentrarme... ¿Qué puedo hacer? Yo quiero ser un gran jazán, como mi abuelo, pero no puedo leer con fluidez”. El Rabino le miró con amor y le dijo: “Quizá sería mejor que cambiaras de aires. ¿Por qué no coges tu Torá y te vas al campo? Siéntate debajo de un gran árbol y practica ahí, con Dios como único testigo. Él no te juzgará y si sabes escucharle, te guiará y te ayudará”.

“Pero ¿y si no sé cómo hacerlo? ¿O si me equivoco? ¿O si...?” –dijo Ismael. “Si tienes cualquier duda sobre la forma o el sonido correctos de alguna palabra o sobre el sentido de algún fragmento –le contestó el rabino– puedes acudir a mí en cualquier momento. Si quieres puedes venir de vez en cuando a mi casa y así podré escuchar cómo lees. Estoy seguro de que puedes ser un gran jazán. Sólo tienes que confiar en ti mismo y quererlo realmente”.

Esta idea le gustó mucho a Ismael: la base del conocimiento ya la tenía y si le surgía cualquier duda podría ir a hablar con el rabino. Así que al día siguiente cogió su Torá y salió de la judería, cruzó el río y abandonó Tarazona por el camino de Borja. Era un soleado viernes de primavera. Los frutales estaban llenos de flores y los pájaros volaban cantando mientras construían atareados sus nuevos nidos. Ismael sabía que no debía alejarse demasiado ya que fuera de las aldeas siempre había riesgo. Además, al ser viernes tenía que volver temprano para bañarse y estar listo a tiempo para la *Kabalat Shabat*. Pero hacía tan buen día y el camino era tan ameno que no se dio cuenta al alejarse. Saludó a José, el pastor, y a las lavanderas en el río y siguió andando, buscando un árbol grande para sentarse a su sombra y practicar. Anduvo

mucho rato, casi dos horas, antes de ver un gran árbol en la base de una pequeña colina a la derecha del camino. La luz bañaba las recién brotadas hojas. Ismael se acercó a él y se sentó apoyándose en el tronco. Al mirar hacia arriba pudo ver los rayos de sol entre las tiernas hojas. A sus pies las sombras y luces jugaban a “cógeme” con un feliz murmullo de hojarasca. Una atmósfera de paz y tranquilidad reinaba bajo aquel viejo árbol. Ismael pensó que era el sitio ideal para comenzar a practicar su lectura. Así que sacó del bolso la Torá, la abrió y empezó a leer las antiguas palabras, primero para sí mismo, en un silencioso murmullo, pero poco a poco alzó la voz cantando los sonidos tal como lo había oído hacer a su abuelo tantas veces. Sabía que no lo hacía tan bien como él, pero sentía cómo la magia de los sonidos lo envolvía y relajaba. Por primera vez empezó a entender lo que decía: estaba leyendo la historia de *Pésaj*, la salida del pueblo judío de Egipto. ¿Cómo es que no se había dado cuenta de ello hasta ahora? Era la vieja historia que oía cada año en el *séder*, sentado con sus padres, hermanos, tíos y primos alrededor de la gran mesa preparada para cenar en casa de los abuelos. La historia que narraba la salida del pueblo judío de Egipto, de la esclavitud a la libertad. La historia

que ningún judío tenía que olvidar nunca, porque en cada generación hay gente que no disfruta de libertad. Y resulta que a él le tocaba leer en su *Bar Mitzvá* el relato de cuando el pueblo hebreo, después de días viajando por el desierto sin sombra ni descanso y sin casi agua, era llevado por Moisés a una desconocida tierra prometida. Tierra de miel y leche, decía el texto... Pero ahora el pueblo tenía sed y no tenía agua. Así que acudieron a Moisés pidiéndole otro milagro, otra prueba de la grandeza de Dios: “Que haga brotar agua de donde sea”, le decían. Entonces Moisés imploró a Dios y Éste le respondió: “Habla con la roca y golpéala delicadamente con tu bastón, ése mismo que se convirtió en serpiente frente al Faraón, y saldrá agua de la roca”. Moisés obedeció pero en vez de golpear delicadamente, quizá por falta de fe o para asegurar el resultado, golpeó con fuerza la roca. De ella salió realmente agua y el pueblo muy feliz llenó sus odres. Pero Dios estaba enfadado con Moisés porque había golpeado a la roca.

Ismael recordaba que esta historia siempre le gustaba a su madre: “Hijos –les decía–, si queréis algo hay que pedirlo con buenas maneras en lugar de utilizar la fuerza, pues conseguiréis más cosas con buenas palabras que con

violencia. Mirad la historia de Moisés: hablando se entiende la gente". Eso era lo que decía cuando los hermanos discutían por algo, o ante cualquier otra disputa familiar. Lo había oído infinidad de veces. ¡Como si las madres no repiesen las cosas!

Pero, ¿cómo es que no se había dado cuenta hasta ahora de lo que estaba leyendo? Las palabras venían por sí solas: los sonidos convertidos en palabras, las palabras en frases y las frases en párrafos. Toda una historia cantada a la perfección.

Tan emocionado y concentrado en la lectura estaba Ismael que al principio no reparó en la gran serpiente naranja y negra que asomaba su cabeza entre las ramas, siseando con su larga lengua bífida. La serpiente, que tenía por lo menos tres metros de largo, se enroscó silenciosamente en una de las ramas, justo encima de Ismael, descendiendo con un leve bailoteo, llegando a un palmo por encima de la cabeza del chaval, bailando lentamente al son de la música que iba cantando Ismael.

Se dio cuenta al fin cuando vio una gran sombra dibujada en el suelo, la sombra de una serpiente encima de él moviéndose lentamente de lado a lado. Su corazón paró por un segundo y después se puso a cien, la sangre

le golpeó en la cabeza nublando su mente: “¿Qué puedo hacer? –pensó desesperado—. Tengo una serpiente gigante encima de mi cabeza: si me muevo me atacará; si me quedo quieto me comerá... ¿Qué hago?” Desesperado, el chico se puso a recitar todas las plegarias que sabía de memoria: “Oh, Dios, Creador del universo, Salvador del pueblo de Israel, que nos sacaste de Egipto, de la esclavitud a la libertad; que nos diste de comer y nos hiciste de guía, por favor ayúdame. ¡No dejes que esta serpiente me coma!” Mientras tanto la serpiente seguía bailando colgada desde la rama, con los ojos cerrados y la lengua siseante, escuchando las palabras cantadas, las desesperadas plegarias de Ismael. Con los ojos cerrados y rezando sin parar esperaba el muchacho su inevitable final. Esperó, esperó y esperó. Pero no pasó nada. Se quedó ronco de tanta plegaria. Tenía sed. Ya no sabía cuánto tiempo llevaba sentado y recitando plegarias en voz alta. Poco a poco abrió un poco los ojos, sólo una ranura, para ver... Se encontró cara a cara con la serpiente: la boca grande y negra, la lengua larga y fina que acarició su mejilla, los ojos verdes rodeados de escamas naranjas y negras que le miraron hipnotizándole... “Es mi fin”, pensó Ismael. Pero no pudo volver a cerrar los ojos.



Sefarad Aragón
<http://sefaradaragon.org>

El resto del cuento y mas cuentos
+ vocabulario
en el libro

“El olivo de la Aljafería Cuentos judíos en Aragón”